

Un poder especial

Érase una vez un niño que tenía una cualidad que lo hacía diferente a los demás, un poder especial que le permitía ayudar a las personas, porque les transmitía tranquilidad y sosiego. Este niño tenía un poder que no aparece en los cómics de superhéroes como volar o hacerse invisible. Este poder se llamaba alegría. Este chico cuando hablaba con las personas hacía que se pusieran alegres. Lo que no sabía el chico es que tenía esa energía. Esta es su historia.

Un lúgubre pueblo de una comarca estaba cada año más despoblado y las personas que habitaban allí siempre iban con prisa y parecían enojadas; sucedían muchas peleas porque no dialogaban, ni escuchaban: padres enfadados con sus hijos, vecinos cabreados porque los perros habían dejado sus excrementos en los jardines, discusiones por las lindes o el tráfico, cualquier tema era motivo de discordia.

El alcalde estaba desesperado por solucionar estos problemas, entonces decidió buscar a la persona más feliz de aquel sombrío lugar. Aquel día llamó al timbre de todas las casas sin resultado. Al anoecer divisó por la ventana del consistorio a un chico jugando con su balón en la plazoleta con una reluciente sonrisa. ¡Nunca había visto sonreír a nadie en ese pueblo! Fue cuando decidió salir de su casa para hablar con el niño. El chico al ver al alcalde lo saludó alegremente y habló con él. Este se asombró al ver que lo había saludado y conversado afablemente. El alcalde, algo confuso, pero a la vez feliz, se preguntaba: “¿Cómo podía ser que ese niño transmitiera tanta felicidad?”. El alcalde le invitó amablemente a entrar en su despacho para charlar un poco con él. El ambiente era muy agradable, sonreían, reían, hasta que finalmente el alcalde llegó a una conclusión y exclamó: “¡Creo que tienes un superpoder!”. El niño se sorprendió y pensó que era imposible que él tuviera un superpoder. El alcalde no podía desaprovechar la capacidad de ese chico, así que se le ocurrió una idea, todos los días irían de visita casa por casa para charlar un poco con los vecinos. Cuando acudían a los domicilios, los vecinos no se mostraban antipáticos, pero sus caras eran serias, sin embargo, conforme conversaban, se

mostraban simpáticos y afables. Así recorrieron todas las viviendas del triste pueblo, transformándolo en uno alegre y feliz.

Hoy en día este pueblo es un lugar con encanto, con adornos y flores. Todas las tardes los aldeanos salen de sus casas para conversar con sus vecinos, se cuentan sus peripecias, hablan de temas, como su comida favorita, pasean, juegan a las cartas y hasta ven los partidos de fútbol juntos. Todo aquello que hacen los buenos amigos. Ahora el pueblo es próspero y muchos son los que quieren vivir allí.

Así acaba esta historia.